

volucionario. Es, arrancando desde la tradición, una forma de vida que dice de sabor nuevo, que no ignora las conquistas de la Ciencia, que sabe de las inquietudes del pensador moderno, que no desconoce las angustias espirituales de la humanidad y que siente los ideales de Cristo. Son, todo esto, características de nuestro estilo azul, de nuestra arquitectura, con la que vamos construyendo la magnífica fábrica de nuestra Pedagogía, a base de aquellos materiales espléndidos que nos ha legado la Historia.

Fuerte tarea y dura tarea es ésta, con la que se ha enfrentado el Magisterio actual de España.

Pero el Magisterio no está solo.

El Magisterio Nacional sindicalista, gracias al genio profético de José Antonio y a la voluntad constructiva de nuestro Ministro de Educación Nacional, posee un Organismo que le orienta, estimula y da alientos. Es el Servicio Español del Magisterio, Organización del Partido, cuya misión fundamental es dar consignas al Magisterio y ayudarle en su tarea revolucionaria y creadora.

EN LA CONMEMORACION DE LA VICTORIA

Jornadas de hondo fervor nacional ha vivido España durante las fiestas conmemorativas de la Victoria. En apretado haz, el Ejército y la Falange, han rendido homenaje de inquebrantable disciplina a la figura suprema del Caudillo de España.

Tres años transcurridos desde que se consolidó en nuestra Patria el triunfo contra el más viejo y desacreditado de los sistemas políticos, han servido para reafirmar con valentía la trayectoria de nuestros destinos.

La cruzada española, iniciada el día 18 de julio, tiene una doble significación. No sólo representa la defensa de unos principios que la Historia ha definido como nervio y raíz del mundo civilizado, sino que, a la vez, significa la incorporación, abnegada y heroica, de la juventud a la defensa vital de la Patria.

En su primer aspecto, nuestra guerra de liberación fué la obra insuperable, ardua y gloriosa, de un Caudillo invencible. Representa un ejemplo de fe, hasta entonces desconocido. Frente a un mundo hostil, insensible, desfavorable y yerto, Franco lanzó sus consignas de lucha y sacrificio. Había que desterrar un estilo y una concepción de la vida. España necesitaba liberarse de aquella cadavérica insensibilidad, adonde la habían llevado sus más poderosos enemigos. Vencer el mal, amputando los miembros corrompidos del Estado, tuvo que ser tarea compatible con la de imprimir nueva savia de vida en el espíritu adormecido de la Patria. Y así nacieron, sobre el paisaje gris de un pueblo desolado, el fervor y la esperanza, el entusiasmo y el ímpetu, como estímulos excepcionales de una magna revolución nacional.

Ninguna empresa militar pudo llevarse a cabo a la vez que una transformación política, con tan ágil acierto, como en el caso concreto de España. Más que postulados sociales, se proclamaban, como guiones de las conductas, lemas poéticos y fórmulas simples de difícil ascética. El eco de las palabras, cálidas y fervientes, de José Antonio, movilizó corazones e inteligencias. Una fuerte saucedida unánime pudo despertar después, bajo la voz de mando del Caudillo, a aquellas juventudes, que habían aprendido en la lucha desnuda y silenciosa de las ciudades, a utilizar la dialéctica de las pistolas como argumento supremo cuando la Patria se desangra.

Y, bajo el caudillaje de Franco, congregáronse disciplinadamente las voluntades para la dura empresa de la reconquista nacional. Fueron casi tres años de lucha, sin dejar paso a la vacilación o al desaliento. La mano, endurecida con la tarea del arado o en el trabajo del taller, aprendió a manejar el fusil en el heroísmo anónimo del servicio de España. No fueron forzadas levadas militares las que engrosaron las filas del glorioso Ejército español. Fué el «hombre de España» quien se lanzó voluntariamente, en una culminación de abnegaciones y sacrificios, a la defensa de una Patria atormentada y dolorida, por la angustia de una dramática ruina nacional.

El Ejército español hizo alarde de sus virtudes únicas. Conquistó, no sólo tierras para España, sino zonas espirituales de inaccesible

sublimidad por su heroísmo. Supieron responder con ágil gallardía las juveniles centurias de la Falange al alerta glorioso de las primeras horas. Y frente al enemigo común, sobre el campo de batalla—donde no llegaban los posibles egoísmos de la ciudad—, se selló en abrazo fraterno la indestructible unidad de España.

A reavivar esta invocación indeleble ha contribuído este año la conmemoración de la Victoria. Ya las milicias universitarias, encuadradas en unidades militares, han sabido dar un ejemplo de su disciplinada jerarquía, al emprender una nueva vida que tiene en sí todo lo noble y todo lo fuerte de la milicia.

Y así, renovada la historia, una vez más, bajo el cielo de España, el Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos y Caudillo de la Patria, ha vuelto a proclamar su esperanza en la juventud.